LA CASA DE AVIZ AL SERVICIO DE EUROPA

Un aniversario de occidente.

POR EL

MARQUES DE QUINTANAR

En este año de 1960 se celebra el aniversario, no de uno de los portugueses mejores, sino de uno de los más grandes europeos; tal vez del mayor. Van a cumplirse cinco siglos de la muerte del Infante de Aviz, don Enrique el Navegante, hijo de Juan I, del monarca que al fundar una dinastía dió a Portugal, con su propio magnífico ejemplo, el de una generación de príncipes que Camoens cantaría en inmortales estrofas y habría de bautizar con el nombre de «ínclita generación». Estos «altos infantes», que pasan por el poema lusitano con el soplo ardiente y generoso de sus esforzados hechos, ofrecen al mundo el más fragante ejemplo de la eficacia a que puede llegar en el servicio de la patria la institución monárquica. Es un príncipe —el Maestre de Aviz—, y son sus hijos quienes se consagran al servicio de Dios y con él no solamente al de su tierra natal, esa playa, besada por el Atlántico, situada al extremo más occidental de Europa, sino al de todo el continente amenazado por la Media Luna; y es, sobre todo, la obra concebida e iniciada, que habrían de llevar a cabo sus sucesores de dos generaciones más, la que muestra cómo en un régimen familiar, que con la exactitud de un engrasado mecanismo va funcionando y trasmitiendo su virtud a sus herederos, son únicamente posibles las dilatadas visiones, los ininterrumpidos planes, las fecundas concepciones que no ven en el tiempo un enemigo y en la desintegración mortal un peligro cierto, sino que consideran, por el contrario, que el tiempo es su más fiel aliado y que el paréntesis de la muerte física no traerá consigo más que el refuerzo de un juvenil impulso, la savia de otras primaveras, para continuar con redoblado ahinco la gran obra nacional y humana.

Al nacer en 1434 el cuarto de los hijos habidos con Felipa de Lancaster, Juan I había hecho posible la salvación de Europa. Fué efectivamente, el Infante don Enrique quien concibió el plan estratégico de mayor envergadura que jamás ha concebido nadie, el que habría de salvar a nuestro continente de caer bajo el poder musulmán: el de llegar a la India contorneando Africa, un Africa todavía

sin desvelar, y fué a la sombra de esa intuitiva y genial concepción geográfica a la que pudo vivir Europa unos centenares de años de paz y dar el fruto sabrosísimo de nuestra civilización, hoy, por desgracia, en tan agudo riesgo. Esta concepción, inspirada por el ideal religioso, no fué una creación renacentista. El Renacimiento fué el caos para el espíritu; políticamente, la desunión y el desorden. El *Maestre de Aviz* era un hombre de la calumniada Edad Media, de esa edad de la que Chesterton dijo que fué «la única época de progreso de toda la Historia»; un hombre, en fin, de la Iglesia de Cristo. Y encaramado en el «sacro promontorio» de los antiguos, junto a San Vicente (¡aquel Cabo Cañaveral del Cuatrocientos!), dictó a su país —él, que no había casi navegado, aunque aficionado a la matemática y a la astronomía—toda la política personal de los descubrimientos que, silenciosa y misteriosamente, iba a preparar la victoria de Europa sobre el Islam.

Antes, don Enrique había luchado en tierra. Fué el primer soldado de la Casa de Aviz que puso el pie en la costa de Ceuta y a su iniciativa, a su valor, a su perseverancia y visión del porvenir se debió el que los portugueses tomasen la histórica fortaleza africana, casi un siglo antes de que nuestros Reyes Católicos entrasen en Granada, acabando con el poderío de la Media Luna en tierra peninsular. Todo esto quiere decir que el Infante don Enrique sintió ese ansia guerrera y ese fervor militante que le iría a reconocer Nicolás V cuando en su Bula «Romanus Pontifex» de enero de 1454, no vacilaría en afirmar que «desde siempre» procuró este gran lusiada *ir más allá* de lo conocido, de lo ya resuelto. Y así logró sobresalir en la Corte del Fundador, en el coro de sus preeminentes hermanos de la ínclita generación camoniana que tuvo en el rey su padre, hasta su muerte en 1433, el vivo ejemplo del político y del hombre de armas, brazo de Cristo, debelador del Islam, cabeza de la dilatada prole que habría de dar reyes a Europa y al occidente cristiano la luminosa realidad de una civilización que nos elevó, asentada en ambas orillas del Atlántico, a un nivel jamás alcanzado en época alguna.

Nicolás V, en la Bula que acabamos de citar, trata de la protección acordada por la Santa Sede a los descubrimientos «hasta las Indias». Todavía no es dar a los cuatro vientos el proyecto de atacar el mal europeo en sus orígenes, pero ya es un certero indicio, que pronto habría de convertirse en evidencia, de la salvadora intuición de don Enrique. Porque el enemigo tenía un frente inmenso en su despliegue sobre las costas y territorios mediterráneos y se alargaba, también desmesuradamente, en profundidad. Desde mediados del siglo XIV, con la toma de Andrinópolis, con sus conquistas de Egipto y Siria, sus

ataques al reino cristiano de Armenia y su avance por el valle del Danubio, aparte, claro está, de la lucha en nuestra península y del ensoberbecimiento de la Media Luna, desde los Dardanelos hasta el norte de Africa, por sus repetidas victorias (los reveses: Calatañazor, Las Navas, El Salado, quedaban ya muy atrás), el peligro del infiel se hacía más sensible cada día. Por otra parte, además de la desunión de los príncipes del sudoeste europeo, las especierías que llegaban del lejano Oriente y se disputaban para su comercio Génova y Venecia, convirtiéndose en oro para el mahometano, gracias a la avidez mercantil que oscurecía deberes de europeos y de cristianos, eran razones más que suficientes para que el horizonte de peligro se espesara y pareciese anunciar un inminente amanecer sin sol.

Pero, factor providencial en este magno pleito, flotaba en Europa occidental el vago rumor de la existencia de un sacerdote católico—el Preste Juan—en un incierto país africano, frontero con Egipto. Y cuando Juan de Aviz quiso celebrar en Lisboa un gran torneo y en la fiesta caballeresca armar a sus tres hijos—don Duarte, don Pedro y don Enrique (el primer nacido, Alfonso, había muerto en 1432 a los dos años de edad), pareció a éstos que semejantes simulaciones guerreras no bastaban a sus esperanzas, méritos y deberes, por lo que propusieron al rey el deseo de que tan trascendental acto tuviese por escenario el de una guerra auténtica, que sirviese a Portugal, al servir a su ideal religioso. Surgió así el nombre de Ceuta, de donde siglos antes había partido la agresión contra España, por lo que el éxito —descontado—tendría que repercutir en el reino moro de Granada. Y tal vez, gracias a esta campaña, además del beneficio de ganar tierras para Cristo y riqueza para Portugal, se pudiera llegar a dar la mano al Preste Juan o, al menos, a tener noticia concreta de su reino y de sus predicaciones.

Sobradamente conocido es el triunfo de la operación y también el patético suceso que le sirvió de prólogo cuando, a punto de zarpar la armada, murió la Reina doña Felipa y murió incitando al Rey, su esposo, y a los infantes, sus hijos, para que por su luto no fuese demorada la empresa. Sucedió así, y a los siete días salieron del Tajo navíos y tropas, y tras una difícil navegación fondearon ante la plaza fuerte, meta del viaje, el 20 de agosto (1415), y al día siguiente, en un fulminante asalto, se tomó la fortaleza. Al mes justo de la salida de Lisboa habían quedado armados los tres egregios caballeros, la mezquita de la ciudad convertida en templo cristiano y unos días más tarde se hacía la flota a la mar para su viaje de retorno, dejando allí de gobernador al conde de Viana, don Pedro de Meneses.

Tres años embargan todavía al infante los cuidados del norte afri-

cano, pues los moros pretenden recuperar la plaza perdida, y en 1418 se instala en Sagres para dar una realidad metódica y constante a sus exploraciones de la costa atlántica. Aunque hay cronistas que afirman que ya en 1412 sus navíos se iban aproximando a Bojador, pasado el Cabo Não, límite hasta entonces de las expediciones, en unas sesenta leguas. En Sagres construye su «Vila do Infante» y establece la legendaria academia náutica, haciendo venir a trabajar con él a cosmógrafos y mareantes de fama europea. Allí, frente al rumoroso océano, nos le imaginamos, soñador y voluntarioso a un tiempo, dialogando con Dios ante el paisaje infinito. La Corte ha quedado muy lejos y con ella los lazos familiares que se rompieron a la evasión terrena de los seres amados. Es un fraile este rector de la Orden del Cristo, que a espaldas de la patria trabaja para ella sin que nadie acierte a desvelar un secreto que ya ha debido grabarse firmemente en su ánimo. Diego Gomes, privado del infante, dejó una relación del descubrimiento de la Guinea y de las Azores, de Madeira y de Cabo Verde; y en ella hay un lugar para contar que el capitán don Juan de Castro llegó a una isla llamada Gran Canaria, que tomó por la fuerza. Era un viejo pleito peninsular éste y ya Alfonso IV—el ejecutor de Inés de Castro—había protestado ante el Papa Clemente VI contra la atribución de la isla por el rey de Castilla a don Luis de la Cerda. Alarmado entonces nuestro monarca, mandó a Portugal al arzobispo de Burgos al frente de una embajada; pero la solución del problema solamente la encontrarán negociando, medio siglo más tarde, Alfonso V el Africano y su cuñado Enrique IV de Castilla.

Ya es llegado el momento de dar una idea de la época en que estos personajes se movían y de trazar con largas pinceladas el ambiente de una Corte que, al comienzo de la dinastía que había sucedido a la alfonsina o borgoñona, iría a consolidarse con las más altas y renombradas hazañas, con las más rotundas virtudes y hasta con las más sublimes locuras. Entre el brazo armado e invencible de Nun'Alvares y la dialéctica avasalladora de João das Regras, el Maestre de Aviz, valeroso, astuto e inteligente, se había alzado sobre un trono, al que sostenía y enfervorizaba un inédito movimiento popular, dirigido por la nueva clase de los hombres de leyes, constituyendo un *tercer estado,* con el cual habría de contar en el futuro la realeza, concediéndole sin tasa, en el camino de la misma hacia el absolutismo, regalías y derechos... Y ese pueblo, que ya había aclamado al Maestre como su *Mesías*, se apresta a entrar con sus corporaciones de oficios en el juego de la política. Se rigen éstas desde la *Casa de los Veinticuatro,* cuyo presidente o director, el «Juez del pueblo», se convierte en personaje

de excepcional importancia, a quien el rey presta oídos siempre y recibe con especial facilidad.

Don Juan, que ha tenido una turbulenta primera juventud, y de cuyos amores con Inés, la hermosa hija del honrado «Mendo da Guarda», ha conseguido dos vástagos, Alfonso y Brites, sabrá más tarde legalizar su situación y convertir al primero en primer duque de Braganza y casarlo con Beatriz d'Alvin Pereira, la hija de su condestable Nun'Alvares, tronco ilustre de una casa que habría de regir los destinos de Portugal, tras el breve paréntesis filipino. Y hay autores que vieron en esta unión una magnífica prueba del talento político y financiero del monarca, ya que después de las extraordinariamente generosas donaciones que hizo a su compañero de armas y a quien en primer lugar debía su ascensión vertiginosa, donaciones que hacían temblar al meticuloso y sagaz *João das Regras,* quien ante el desprendimiento de don Juan llegó a temer la quiebra del real patrimonio, todo volvió de la mejor manera al seno de la familia, haciendo para siempre poderosa a la Casa de Braganza.

El matrimonio de Juan I con Felipa de Lancaster ganó al Rey para los austeros modos de la princesa inglesa y el hogar de la primera familia de Portugal fué un foco de virtud, de voluntad y de servicio, que no podía superarse ni fácilmente ser igualado. Los principios de justicia, de economía, de amor a los súbditos, de desear siempre llevar a cabo grandes empresas, y sin apartarse nunca de la estricta ley de Dios, llegaron a constituir un ambiente de refinada ética que todos, padres, hijos, cortesanos y servidores, respiraban a pleno pulmón, trascendiendo al pueblo, que veneraba a sus príncipes y estaba siempre dispuesto a la obediencia y al sacrificio. Y así, cada uno de los «altos Infantes» dió una fragante muestra de sus temperamento y mérito, que iban desde la inteligente y abnegada escrupulosidad de don Duarte a la esforzada aplicación y generosidad de don Pedro; desde la capacidad organizadora y austera de don Enrique al místico y denodado espíritu de sacrificio de don Fernando, abarcando todo un pentagrama de altísimas cualidades en que supieron inscribir la más bella de las sinfonías. Y a tenor de ello, siguiendo la moda inglesa de los motes y divisas y como para subrayar la empresa común a que se lanzaron de echar los cimientos del universalismo portugués, cada uno eligió un lema que le dibujaba para la posteridad: el rey, «Il me plait»; la reina, «Pour bien»; don Pedro, «Désir»; don Juan, «J'ai bien raison», y don Enrique, «Talent de bien faire»...

¡Talante de hacer bien! ¿Lo consiguió siempre? ¿Se mantuvo siempre en esa predisposición que, inclinándole al bien, haría converger todo su esfuerzo, silencioso y austero, en favor y en honor de Portugal?

No nos sea permitido el dudarlo. En este centenario de su muerte, acaecida hace quinientos años, no habremos de juzgar las pequeñas quiebras humanas de este apóstol deshumanizado y entregado a una grandiosa empresa, eje de su existir, motor de sus acciones todas. Ni en la patética tramitación del martirio de su hermano don Fernando, ni en la no menos dramática intriga que desemboca en el dolor de Alfarrobeira y en la muerte de don Pedro, «el Navegante», no puede zafarse de las ligaduras que le atan a su obra y sigue avanzando sin volver la vista atrás, para no contemplar el reguero de sangre—¡de su propia sangre!—que va tiñendo las gradas del trono del Maestre de Aviz. Es un personaje de la tragedia griega, que vive mirando al mar una vida al margen de todo; que no se permite consigo mismo la menor transigencia que pueda atenuar el sacrificio que ha hecho a Dios y a Portugal de su propia vida. Es un monje caballero, tal vez tocado del pecado de soberbia, pero que sabía vencer los demás y ha ofrecido al cielo, con el sufrimiento constante que le produce el cilicio que lleva bajo sus pardas vestiduras, su renuncia al amor y a toda terrena vanidad.

El éxito de la operación de Ceuta tuvo una gran resonancia en Europa occidental y, naturalmente, en el norte africano, pudiendo asegurarse que los moros empezaron a organizar la reconquista de la plaza perdida al día siguiente de su asalto. Así es que tres años después, en 1418, por vez primera don Pedro de Meneses pidió auxilio y apresuradamente llegaron al frente de sus mesnadas los infantes de los diversos puntos del territorio en que se hallaban. Pero, por fortuna, se bastó asimismo el conde de Viana para despejar la situación, con lo que las tropas tornaron a Portugal. Desilusionados los veinticuatro años de don Enrique por este final incruento, pensó en atacar Granada, suspendiendo tan sólo el proyecto por una orden del Rey, que dijo no querer inmiscuirse en asuntos de Castilla. Y al regresar a Portugal, ya don Pedro en preparativos para su gran viaje por Europa, tuvo ocasión de conferenciar largamente con él y también con don Duarte, encargado de los asuntos administrativos del Reino en ausencia de su padre. Fueron, sin duda alguna, unas interesantísimas conferencias, en las que se trataría del plan vago y apenas esbozado que había de iniciarse y de continuarse bajo el reinado de don Duarte, cuando Dios dispusiera del ya nada joven monarca. Don Pedro iba a partir con el objeto principal de visitar Hungría, tan en contacto con el Islam y también con Italia, de donde principalmente, por Florencia y Venecia, se relacionaba el mundo cristiano con el litoral norteafricano y el Oriente Medio. Allí recogería informaciones mercantiles, marineras, geográficas, militares. Trabaría amistad con los príncipes que tra-

ficaban y luchaban con el infiel, tal vez llegaría a informarse o a tomar contacto con el Preste Juan y probablemente a adquirir nociones exactas de las posibles rutas de la India. Era todo un vasto programa que llevaría años y ocasionaría un trabajo constante, inteligente y tenaz del animoso príncipe que partía en misión, mientras sus hermanos quedaban, el uno en su labor de gobernante y preparándose para tomar en el día que Dios lo dispusiese las riendas del poder real, y el otro, luchando con el árabe y descubriendo islas y litoral, hacia el Poniente y el Sur, en busca de recursos para la empresa y de la ruta misteriosa de la India.

El viaje de don Pedro no nos separa, antes bien, nos acerca a la labor de don Enrique. Por eso habremos de seguirlo y de comentarlo directamente. Se supone que salió de Barcellos en 1419 y que su propósito primero fué el de visitar las Cortes emparentadas con su madre, doña Felipa. Por eso, y por razones de vecindad también, fué a Valladolid, cumplimentando a don Juan II, hijo de Catalina de Lancaster, y luego, atravesando Francia, llegó a Inglaterra, deteniéndose mucho tiempo en aquella Corte y saliendo para Ostende y Brujas hacia el 1425. En ningún momento don Pedro olvidaba su misión de auténtico estudio de usos, leyes, costumbres y métodos de gobierno, como lo prueba su correspondencia con don Duarte, llena de enseñanzas y esmaltada de esa cortesía que nunca abandonaba, ni siquiera tratándose con hermanos que habían convivido siempre en la más grande armonía.

Su paso por Flandes, territorio entonces perteneciente al Ducado de Borgoña, se señaló también por la atención dispensada por el infante portugués a las viejas relaciones comerciales del país con Portugal y su amistad con Felipe el Bueno, que había enviudado por vez segunda, pero que no tenía hijo alguno legítimo, daría a los tres años por resultado la boda del duque, en terceras nupcias, con Isabel de Aviz, la hermana de don Pedro, matrimonio que favoreció la política borgoñona con Inglaterra y que daría como fruto histórico la venida al mundo de Carlos el Temerario. La famosa biblioteca nacional frecuentada por don Pedro, repleta de obras sobre el Oriente y las relaciones del duque con Venecia, irían a enriquecer el ya muy grande caudal de conocimientos del infante, que abandonó hacia 1426 aquel país en demanda de las orillas del Adriático y de aquella Marca de Treviso que el emperador Segismundo le había concedido por gracia inacostumbrada. Otro par de años pasó al lado de aquel agradable y aguerrido monarca, en cuyo ejército peleó, para hacer honor a su marquesado, y en cuyas lides, precursoras de la perturbación de la Reforma, tanto don Pedro como su inseparable amigo y compañero de

viaje el conde de Avranches, dejaron bien puesto el pabellón lusitano. Y en la primavera de 1428 abandonó el territorio del Imperio, entrando en el de la Señoría Veneciana. Fué aquí la estancia más aprovechada, repleta e importante de todo el recorrido del duque de Coimbra. Vivía Venecia bajo el signo de un millar de familias patricias, que se daban buena maña para hacer creer al pueblo en una libertad democrática que estaba bien lejos de la realidad. Sus relaciones comerciales con los hijos del Profeta eran notorias y Su Santidad misma las soportaba con benignidad. Las flotas de los oligarcas venecianos iban a todas partes y recorrían los puertos todos del Mediterráneo, arribando hasta los rusos del mar Negro. Un comercio intenso tenía lugar también con el Asia Menor y era en este litoral donde recibían los barcos venecianos las mercancías que, por la *Ruta de la Seda*, aportaban nutridas caravanas del Asia Central y de la India alucinante. Las especierías y también el marfil, el sándalo, la porcelana china y todas las riquezas, en fin, que si hacían poderosa a Venecia enriquecían al árabe, el común enemigo mortal y decidido, circulaban así y por las flotas del Adriático llegaban a los puertos europeos y se distribuían por las naciones todas, destinadas a sucumbir si Dios no lo remediara por ese mismo mecanismo comercial del lujo y la ganancia, que ofuscaba los sentidos y sumía las inteligencias de los príncipes cristianos en la niebla y el sopor de las bienaventuranzas terrenales.

La crónica de Antonio Morosini, recientemente encontrada y traducida al portugués por el doctor Julio Gonçalves en su obra: «El Infante don Pedro, Las Siete Partidas y la génesis de los descubrimientos», nos da detalladísima cuenta de la estancia del infante en la nación veneciana, comenzando por decirnos que en marzo de 1428 su embajador en la Corte de Hungría, Dándolo de San Moisé, comunica desde Buda la salida para la República del Adriático del Infante don Pedro, hijo del Rey de Portugal, a quien acompaña hasta la frontera el Rey Segismundo y cuarenta caballeros más, siendo acogido con grandes honores por cuatro embajadores del Dux y a su llegada a Venecia por una abundante flota, en la que se destacaba el *Bucentauro,* con el propio jefe del Estado a bordo, y navegando el Gran Canal atracó en San Giorgio, donde se hospedó con buena parte de su séquito, yendo el resto a hacerlo en la Giudecca. Era el 5 de abril y las fiestas y visitas se sucedieron en aquella primavera en honor de quien iba, justamente, a procurar los medios de que aquella prosperidad marinera y mercantil pasase, como sucedió años después, a Lisboa, que vendría así a convertirse en un emporio de riqueza gracias a la desviación del comercio oriental, desplazado ya de una Venecia

decadente, y a la llegada de los grandes capitanes portugueses a la India.

Como era de rigor en el viaje emprendido, visitó don Pedro bibliotecas, arsenales y factorías, tomando notas sobre el aparejo y demás características de las embarcaciones, llegando hasta recorrer minuciosamente más de sesenta galeras que se estaban construyendo, al par que alternaba con cosmógrafos y capitanes de altura, ilustrándose en vientos y corrientes, adquiriendo, en fin, cuanto podía ser útil a su hermano don Enrique para su gran empresa ya iniciada. Continuó sus estudios de hombres y cosas por Padua y Florencia, y en esta última capital, que Cósimo Médicis había transformado en un importante centro de estudios de economía y de navegación, pudo conocer y escuchar a dos nautas que habían regresado de la India: Bartolomeu Florentino y Nicolás de Conti y a otros hombres de ciencia, como Paolo del Pozzo Toscanelli, asistiendo a la academia de que formaban parte religiosos que iban para Papas, otros que quedaron en cardenales y obispos, relevantes bibliófilos, cosmógrafos de universal renombre, que ya admitían la esfericidad de la tierra y que, para llegar a los antípodas, «tanto daba caminar para el Oriente como para el Occidente». Terminó su viaje terrestre en Roma, pues aunque algunos cronistas dan por cierta su llegada a los Santos Lugares, esto no parece ser cierto y sí que embarcara para, cruzando el Mediterráneo, llegar a Barcelona, otro gran centro comercial y científico, y detenerse en el territorio de la Corona de Aragón, que asimismo se había convertido en lugar de especulaciones cosmográficas gracias a las aficiones de Martín el Humano y a su gran biblioteca marítima. Por último, el duque de Coimbra debía también ocuparse de los preliminares de la boda de su hermano don Duarte con la Infanta doña Leonor, hija de Fernando el Católico. En septiembre de 1428, finalmente, después de haber visitado el Reino de Navarra, llegó don Pedro a su patria, donde unos días después, al final del mismo mes de septiembre, pudo asistir a la boda de su hermano, el futuro rey de Portugal. Este fué, a grandes rasgos, el viaje fructífero del Infante don Pedro, *el que corrió las Siete Partidas del Mundo* y trajo en su equipaje el *Libro de Marco Polo* y los conocimientos y datos necesarios a don Enrique para persistir en su obra de intuición genial, que solamente dos generaciones después se vería consumada y coronada por el éxito más rotundo.

La llegada de don Pedro se señaló rápidamente por un período de bodas, y a poco, ya casados don Juan con Beatriz, la hija de su hermanastro Alfonso, primer duque de Braganza, que por línea materna trajo a la Casa de Aviz sangre del condestable y el condado de Bar-

cellos; don Duarte con Leonor de Trastamara y Alburquerque, infanta de Aragón y bisnieta de Inés de Castro; doña Isabel con el duque de Borgoña, y el propio don Pedro con Isabel, la hija del conde Urgel, todos matrimonios de amor, poco quedaba ya por hacer al viejo Rey don Juan I y menos todavía cuando el 31 de octubre de 1431 murió en el convento del Carmo, su viejo campeón, el condestable Nun'Alvares Pereira, su compañero de Aljubarrota y de tantas jornadas de riesgo y de gloria, que ya llevaba ocho años vistiendo la estameña de la Orden... Así se extinguió en 1433 el legendario Maestre de Aviz, pasando su obra magnífica a manos de don Duarte y con ellas a las de la «ínclita generación» que Camoens iba a cantar en sus estrofas también imperecederas.

El Infante don Enrique, que continuaba enviando sus bajeles desde el promontorio de Sagres, se decide a acabar con el fantasma del Cabo Bojador, sitio donde el rumbo de la costa cambia bruscamente y donde comienza el «mar tenebroso», en que el agua se espesa, el horizonte se oscurece y los vientos soplan de tal modo que las embarcaciones desaparecen para nunca más tornar. Hay que acabar con esa debilitadora leyenda, que el infante no es hombre propicio a enervamientos por causa alguna. Y envía a Gil Eannes una y otra vez, hasta que al fin el fiel escudero logra vencer a este primer Adamastor que se alza amenazador frente al grandioso proyecto. Gil Eannes dobla la temible restinga desértica y ante la maravillada tripulación se abre el panorama de una mar tranquila y del despejado Sáhara, cuyo arenoso suelo ostenta la nota idílica de unas humildes flores silvestres: rosas de Santa María, las bautizaría el navegante y las llevaría a su amo, para contarle del nuevo y fácil camino abierto hacia el Sur.

Ya tiene el infante una oposición a su heroica empresa. João de Barros así lo recoje en su crónica, simulando un discurso en que un adversario de don Enrique le opone a su padre el Rey, que busca extranjeros para poblar y roturar tierras incultas de la metrópoli, mientras él envía portugueses, sus vasallos, a labrar en ultramar tierras que Dios crió tan sólo para pasto de las fieras. También se le compara con su hermano don Pedro, el regente en la minoridad del «Africano», del hombre más de su tiempo, que viaja ha ya largos años por Europa y los países ribereños del Mediterráneo, pareciendo buscar, por oposición a don Enrique, la apertura de rutas comerciales, el contacto con las nuevas manifestaciones del arte y la cultura. Pero lo cierto es que el Papado los empareja en idéntico deseo de alcanzar y avasallar las tierras de los infieles para someterlos a la dulce dominación de Cristo. Azurara, cronista del «Navegante», que tanto y tan íntimamente convivió con él, cree haber descubierto las cinco razones por las que don

Enrique se esforzó en esa busca de las tierras de Guinea. La primera, por saber la verdad de cuanto había al sur de Bojador; la segunda, por encontrar, caso de haberlo, algún reino de cristianos y buenos puertos para el comercio con ellos; la tercera, por averiguar el verdadero poder del moro, su enemigo; la cuarta—siempre empeñado en la persecución del Preste Juan—, por buscar aliados cristianos en que apoyarse para la lucha emprendida, y la última, por convertir a la fe del Salvador y salvar, al mismo tiempo, las almas que pudiese encontrar. Azurara, como se ve, llegó hasta muy cerca de la verdad, pero no pudo acabar de discernirla en toda su espléndida concepción estratégica.

El reinado de don Duarte duró cinco accidentados años. Y aunque comenzó en 1433 bajo los buenos auspicios de las navegaciones afortunadas y al siguiente se pudo celebrar la derrota del «Mar Tenebroso», para el hombre maduro que era el nuevo rey y aficionado a las especulaciones filosóficas, literarias e históricas, olvidado ya de su oficio de soldado, en que tanto se distinguó en Ceuta, no supuso sino un agobio el peso de cuidados y deberes que no correspondían a sus necesidades de tipo intelectual. No era él el monarca que, en esos momentos de tan graves y absorbentes responsabilidades, necesitaba Portugal; de tantos ininterrumpidos sueños de grandeza y sacrificio. Y buena prueba de ello fué que su hermano don Fernando, celoso de la vida militar y aventurera de don Enrique y de don Pedro pide al rey licencia para cambiar el hogar nacional, pequeño para sus ardientes esperanzas de gloria, por el más amplio de Africa, en que se puede combatir a los infieles. Le ayuda la Bula que Enrique IV promulga en el Concilio de Ferrara; le impulsa su hermano don Enrique, informado del asunto, y, por último, le presta aliento la propia Reina doña Leonor, la aragonesa, a quien parece muy bien la idea de acudir en auxilio de una Ceuta amenazada por la proximidad bullente y orgullosa de los guerreros de Tánger y de Alcácer... Quedó vencido por el sufragio familiar el Rey minucioso y pensador, que soñaba con los beneficios de la paz para restañar las heridas del reinado extinto y para continuar su diálogo con los filósofos de la antigüedad clásica, con San Agustín preferentemente, con los escritores y eruditos de todo tiempo, que eran sus amigos más ciertos.

Se organiza la nueva cruzada, pero, en Tánger, los invasores se ven muy pronto cercados por hordas innumerables, inflamadas de odio vengativo. Los infantes se ven en el caso de aceptar un armisticio y unas condiciones de retirada con sus huestes a cambio de la entrega de Ceuta, y mientras pueda cumplirse, a dejar en rehenes a uno de los hermanos, para lo que se ofrece don Enrique, cosa que no

puede admitir don Fernando, ya que con don Enrique ausente se paralizaría la tarea urgente de los descubrimientos. No podía dudar en ese momento don Fernando que se entregaba para siempre, ya que ningún portugués consentiría en la devolución de Ceuta. ¡Para discutir tamaña decisión se reunió un consejo en enero de 1438, en que se reparten, pese a todo, las opiniones, habiendo partidarios de que se abandone a la morisma la plaza, pero muchos más de lo contrario, alegando que el propio enemigo había violado los pactos recién hechos al atacar al ejército en su retirada hacia el mar; pero don Enrique zanja la patética pugna al afirmar que nadie podrá disponer de Ceuta, porque Ceuta no es de la Corona, sino de Dios. Esta era la mentalidad de la época y la de aquellos hombres que se daban al servicio del Supremo Hacedor con toda la sencilla grandeza de sus almas!

Le cuesta la vida a don Duarte el acuciante recuerdo de su hermano lejano, cargado de cadenas en una mazmorra sin luz. La peste, por aquellos días, se ceba en el Reino y, por si las desventuras fuesen pocas, al hacer presa en el dulce e ilustrado monarca, ya está de antemano condenado por su decadente estado físico, muriendo a los pocos meses. Doña Leonor ha de asumir la penosa tarea de la regencia de un niño de seis años de edad; pero un numeroso e influyente grupo de magnates y buena parte de la opinión pública prefieren como regente a don Pedro, el gran viajero, el hombre culto también, que no mostró simpatía por esa política de despilfarro aventurero (¡a la misma que él había igualmente prestado su considerable esfuerzo juvenil!); y tras una azarosa controversia, que amenazó con renovar las luchas del último reinado y del advenimiento de la Casa de Aviz, en que hay gentes que se revuelven contra la Reina, y también su doctor *João das Regras,* en la persona de «Manga Ancha», se concede la regencia a don Pedro. No habría de transcurrir más de año y medio sin que las intrigas cerca de Alfonso V, ya en posesión de todos sus derechos al haber alcanzado la mayoría de edad, enciendan la guerra civil, en uno de cuyos episodios desgraciados, en Alfarrobeira, con su fiel conde de Avraches al lado, muere don Pedro. Un infante más que sucumbe de la generación cantada por el Epico. ¡Y muerto en la prisión don Fernando, en olor de santidad, ya no queda sino don Enrique, siempre aislado del mundo como si sus querellas no pudieran alcanzarle; siempre misterioso en su atalaya de Sagres, mientras sus hombres siguen avanzando hacia el Sur, que era lo mismo que acercarse a la India mítica de las especierías y de las riquezas inagotables; armas cargadas por su víctima, el Occidente cristiano!

Estamos a mediados del siglo. Pronto llegarán los turcos a las puertas de Constantinopla y acabará de desgarrarse el imperial manto

romano del Oriente. El Islam, pese a la lucha que España mantiene sin descanso contra él, pese a los esfuerzos guerreros de Alfonso V «el Africano», amenaza con sumergir a Europa en su espesa marea indetenible. Los príncipes cristianos desavenidos; el afán de lucro de ciertas repúblicas de la renacentista Italia, atrayendo siempre con el señuelo de sus repletas arcas a las flotas del mar Rojo y del Pérsico, cargadas de especierías, todo parece anunciar el triste fin inmediato de una civilización y de una cultura. Pero la Iglesia vela y en su sabiduría va a inspirar o a coincidir con el solitario que, sin familia, sin el amor de una mujer, sin que parezca importarle ni la propia suerte de la patria, insensible a todo, cara al viento de la mar, frente a su desierta inmensidad, continúa siempre su obra. El ya sabe que únicamente atacando al enemigo por la espalda, tomándolo de revés, sin que ello signifique descuidar el frente de Europa, ni el de Marruecos, ni el esfuerzo para vencer la resistencia del Egipto a la comunicación con el Preste Juan de las Indias (quien ya manda embajadores a la Santa Sede y a las Cortes de la península), es decir, poniendo en juego toda una estrategia diplomática y castrense, de la que será clave del arco el que los navíos puedan llegar, siguiendo la costa africana, al corazón de la India, podrá derrotársele.

Oliveira Martins llega casi a la medula del secreto, casi lo percibe, sin que por culpa de su estructural pesimismo llegue a penetrarla. Y así habla del *Navegante* y así explica su impertérrito caminar sobre cadáveres familiares: don Duarte, don Fernando, don Pedro... Ya vimos cómo sucumbieron los dos primeros; de la vida del tercero, fué también el árbitro. Así entona el historiador insigne el luctuoso suceso: «Entre salvar al hermano—ya había sacrificado dos, colaborando en la dura empresa de rescatar el reino de las manos de un feudalismo ávido—o continuar en su maravilloso empeño de sacar un mundo nuevo de la mar y de la niebla, el Infante don Enrique no podía dudar, embargado como tuvo «desde siempre» el espíritu por la alucinación de los descubrimientos.» Entre luchar, comentamos nosotros, con el bando bravo y desmandado de los Braganza, salvar al hermano y poner en peligro la obra de su vida (y la de los reinados futuros) y con ella a toda una civilización y a la esperanza de un continente, no dudó un momento. Tuvo, sin embargo, un instante de vacilación. Y fué cuando don Enrique, conmovido por el triunfo de Mahomet II, quiso trasladarse a Ceuta y encerrarse entre sus muros en grave peligro. Pero su sobrino el *Africano* no lo consintió. Y don Enrique continuó al pie del cañón, o lo que es lo mismo, encadenado al roquedo de Sagres, nuevo Prometeo, fiel al fuego de su inspiración y atento a la salvación de millones de hombres.

El Papado corrió al encuentro del peligro, como siempre. Y descorrió una punta del velo del misterio. Nicolás V concede en 1454 a Portugal su Bula de protección a los descubrimientos «hasta las Indias» *(usque ad Indes)*, y estas Indias citadas, como también las que alude la Bula de 1456, son, sin que se pueda admitir ya cualquiera duda, a la vista de los hechos, las auténticas Indias que enviaban sus especierías a Europa valiéndose de las flotas árabes del Indico y del mar Rojo.

El infante ya es sexagenario; su muerte se aproxima. Y al fin, el gigante de Sagres sucumbe el 13 de noviembre de 1460, a los sesenta y seis años de esforzados trabajos por Portugal y por el mundo cristiano. La flecha está lanzada y ha de seguir su trayectoria. El duque de Viseo, el administrador de la Orden de Cristo, el caballero de la Jarretiera, aquel que llevó en vida grabado en su escudo el mote de «Talante de hacer bien», tornó a la tierra portuguesa de que había nacido y de la que, tal vez, brotaron—en torno a su tumba—aquellas sencillas «rosas de Santa María» que su fiel Gil Eannes le aportó de los umbrales del mar Tenebroso... Otros príncipes, otros hombres de armas, otros navegantes, llevarían las rojas aspas de las cruces de Cristo en sus arboladuras hasta el Cabo de Buena Esperanza, primero; después, hasta el corazón del Indico. «Son las victorias de las Indias, del Golfo Pérsico y del mar Rojo; las espadas de Duarte Pacheco (el Aquiles de Camoens) y de Alfonso de Alburquerque, las que aseguraron la derrota del Islam en Oriente y le arrancaron el comercio que era el manantial de su potencia», escribe Bensaude. Pero el éxito completo de la obra del «Navegante» sólo pudo recogerlo Portugal y nuestro Occidente otro medio siglo después. Fué el absoluto trastorno económico del mundo: la ruina del poderío mahometano, la caída de Venecia y el paso a manos de Portugal del comercio del Mediterráneo.

Un pintor y un poeta—cien años por medio—legaron a la posterilad la silueta física y moral de los héroes portugueses. Nuno Gonçalves, en sus tablas eternas, y Camoens, en sus inmortales estrofas, nos dieron la versión; el primero, de los luchadores de Marruecos; el segundo, de los navegantes y mílites del Oriente Lejano. Nuno Gonçalves parece revivirlos, y cuando al recorrer las silenciosas salas del museo *Das Janellas Verdes*, de Lisboa, nos encontramos frente a frente con el panel del infante del políptico de la Adoración de San Vicente, no podemos dominar un escalofrío, pues la grandeza histórica del cuadro, al ofrecernos la efigie de don Enrique, el creador, y de don Juan II, el ejecutor, sobrepasa a cuanto pudiéramos haber sospechado. Alfa y Omega, conquista de Ceuta y Tratado de Tordesillas, de la epopeya, son aquellas figuras: la ascética, capaz de todos los sacrificios,

del infante, y la dura como tallada en ónice, y patética, capaz de todas las violencias, de aquel a quien nuestra Isabel la Católica llamaba simplemente «el Hombre».

Camoens cantará más tarde «la verdad simple y desnuda», y la lira, en sus manos, llegará siempre a sugestionarnos con la belleza, pero también a ligarnos sólidamente a un pensamiento político e histórico, fruto de la meditación del Epico. Los personajes, los episodios, la resonancia universal, en una palabra, que el cantor acomoda a la realidad o intuye en su clásica perfección son otros tantos documentos para esa historia del «exiguo pueblo de Portugal», de «esas cristianas audacias» de la «pequeña casa lusitana», de esos «tan contados como fuertes Lusiadas», que lograron enderezar el rumbo de una nave que iba a estrellarse contra la costa inhóspita y brava y que salió a la mar libre para señorearla a velas desplegadas y en ellas las rojas pinceladas de la sangre del Redentor.

Ya finalizando este breve bosquejo histórico y sentimental, nos vienen a la memoria las últimas palabras de Antonio Sardinha en «La Alianza Peninsular», al recordar las de Oiveira Martins, que nos sirvieron de entrada. Decía así el poeta de Elvas y cantor de nuestras glorias peninsulares: «Más felices que él (que Oliveira Martins) presentimos bien dónde nos conduce la fuerza secreta de nuestro genio, del genio inmortal de la gran Madre Hispania. Eje de la civilización, por el íntimo consorcio de todas sus tendencias hacia lo Absoluto, con la llamarada sagrada del cristianismo, *Hispania* (la península, Portugal y España), salvó antaño por la Cruz y por la Espada, a la humanidad de una noche profunda y sin esperanza. La misma noche se condensa trágicamente sobre nuestras cabezas. ¡Arriba, hispanos de ambas márgenes del Atlántico! Y que las estrellas del cielo y las olas del mar vean de nuevo la gesta de una raza que nació para darse a Dios y a los hombres en un sacrificio ardiente y jubiloso.»

Así termina el gran lusitano Antonio Sardinha su obra genial; y el genio peninsular, bien representado está por este monje navegante y descubridor (también por su hermano don Pedro, que aportó a la empresa todo su esfuerzo viajero, estudioso y gubernamental; su hermano, de quien dijo Rui da Pina que fué «tão peregrino depois de morto como o fora em vida», y cuyos asendereados restos mortales todavía tuvo que amparar el Papa Nicolás V...) que se llamó Enrique de Aviz, que conquistó mundos para Europa y gloria inmarcesible para su patria, Portugal... Ella se prepara para celebrar espléndidamente el ecuménico aniversario y no tanto de la muerte física de un héroe nacional como del triunfo de una política del espíritu, a cuyo servicio se pusieron las armas de sus soldados, el esfuerzo de sus hom-

bres de mar, las oraciones de sus monasterios y una gloriosa dinastía, que fué el secreto de la victoria. Y cuando ante la punta de Sagres, sobre la turquesa del mar, ante el telón profundo de la bruma que esconde la ruta que, arrancando del más meridional de los *finisterrae* europeos, fué a parar en la lejana y misteriosa India, desfilen los navíos que representarán a todas las marinas de guerra de un Occidente—hoy más que nunca pieza de la salvación de los hombres de todas las razas y de todas las creencias, esperanza última de los oprimidos por la barbarie de los usurpadores del zarismo—, se elevará sobre el acantilado la figura austera de aquel infante soñador, que consumió su vida en el servicio de Dios y para la salvación de un continente.

Marqués de Quintanar.
Plaza de Santa Bárbara, 10.
MADRID